

Los Caballitos

A MANERA DE CUENTO

Es indudable que en las circunstancias actuales se necesita una gran dosis de frescura para colaborar en un periódico, toda vez que es difícilísimo hermanar el *decir algo* y el *no decir nada*. Por ello, deseando seguir mi colaboración en EL AZUER y temiendo al mismo tiempo al lápiz rojo de mi buen amigo el Sr. Censor, pensé hace muy poco tiempo realizar un viaje al Polo Sur para volverme más fresco que una horchata helada.

Pensarlo, y remontarme en un hidroavión río Azuer adelante con dirección a dicho punto, fué cosa rapidísima. Y en el pájaro mecánico, crucé la polvorienta llanura manchega, el bello vergel de Andalucía, la lengua de agua del Estrecho... Y en busca de un merecido descanso, aterrizé en el corazón del Africa norteña.

¿A que punto de ella fuí a parar? No lo diré jamás; pero si haré constar en gracia a la verdad, que la populosa urbe en que reposaron mis huesos pecadores era un verdadero encanto, merced a la importada civilización de naciones protectoras. ¡Hasta las escuelas estaban magníficamente pintadas, y por el módico precio de doscientas pesetas!

(Conste este detalle, para que vean en Manzanares que es mucho dar, *cuatrocientas*, por el blanqueo de las mismas.)

Mas, no divaguemos. Digamos, por ser verdad notoria, que allí se leía con deleite el Quijote, ese libro que desconocen el ochenta por ciento de los ediles de mi patria chica.

Leyéndolo iban unos africanos en un magnífico *carroussel* instalado en la mencionada urbe, que se hallaba en fiestas. A uno de ellos, se le ocurrió hablar mal del terruño nativo de aquel *desfaceador de entuertos*; mas la dueña de aquellos *caballitos* le replicó indignada

—No hable mal de la Mancha, que aquello es un encanto.

Extrañado por la réplica, y sin darme a conocer como natural de esta tierra, pregunté a la defensora de la misma

—¿Puede saberse, Señora, qué motivo tiene para defender así a la región manchega?

—Sí, caballero—respondió—es que una compañera en la explotación de este negocio de los *caballitos*, estuvo en Agosto en Manzanares, y quedó complacidísima, porque le cobraron muy barato por el terreno que ocupó.

No di importancia al caso, pero como a mi vuelta de aquel viaje oyerá criticar a ciertos elementos de esta localidad, quienes no sabían si pagó o no cantidad alguna el explotador del *carroussel* que se instaló la pasada feria en nuestro pueblo, ni el estado en que quedó la paredilla de los paseos del Príncipe de Asturias, me permito preguntar a los Sres. de la Comisión Permanente de este Ayuntamiento qué hay del asunto de que trato.

Que no vean malicia los referidos Sres. en esa pregunta, es lo que deseo. La hago solamente para que procuren desvirtuar los comentarios que sobre dicha cuestión giran, y al mismo tiempo, por obedecer a ciertos elementos, que desean se deje EL AZUER de discusiones doctrinarias y se ocupe únicamente de asuntos locales.

Con este trabajo inauguro esa nueva sección, en la que espero obtener algunos triunfos, porque sé *cada cosa*...

Francisco F. de Simón.



Tenemos el sentimiento de participar a nuestros lectores que, a petición propia, ha dejado de pertenecer a nuestra Redacción, nuestro querido amigo y compañero don Raimundo Mena.



NOVELA CINEMATOGRAFICA

EL CRIMEN DE FUENTECLARA

A la encantadora y simpática Srta. Adela Marín Albandea, con respecto y admiración

En un rincón de la Mancha, inmortalizado por la leyenda cervantina, álzase arrogante una pequeña aldea. Sus calles son estrechas y tortuosas. Los moradores son casi todos labriegos, gente de campo, gente trabajadora.

En sus inmediaciones hay deliciosos jardines, amenísimas huertas e infinidad de quinterías o casas de labranza.

Un río, de cristalinas aguas, fertiliza sus campos.

Anochece. Grupos de campesinos, sudorosos y jadeantes, forman animados corrillos. Unos, comentan las faenas agrícolas, demasiado rudas y, otros, murmuran del prójimo...

Las pesadas y polvorientas carretas de bueyes, venidas de los pueblos comarcanos, no cesan de cruzar la plaza.

Las lindas mocitas de Fuenteclara—con sus pies descalzos, con los harapos de su vestimenta y con el cántaro sobre las caderas—acuden a la fuente de la plaza. De paso, oyen los requiebros de los inocentes pueblerinos.

—Paca—, exclama un rapaz—eres más *güena* que la borrica de mi tío Colás.

Las conversaciones que sostienen los lugareños son cortadas por la presencia de un forastero.

A la puerta del Ayuntamiento ha llegado un apuesto arrogante mozo. Es alto, fornido. Sus manos marchitas sostienen un lío de ropa.

—Buen hombre, ¿*quonde se pué* ver al tío Perico?—interroga a un alguacil.

—Ahora *mesmo* ha *salío pa* su casa—responde el aludido.

El tío Perico, alcalde de Fuenteclara, ha tomado a su servicio al «honrado Meliso»—así lo afirman las cartas de recomendación.